

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC

LO ESPAÑOL, HOY

POR IGNACIO GOMÁ LANZÓN

«Sin duda, la solución de nuestras actuales dificultades, como a principios del siglo XX, estará en Europa, pues España es una variable de ésta. Pero, siendo eso verdad, también creo que Europa debe mantener con nosotros no la actitud del acreedor ejecutante que solo quiere cobrar su dinero, sino la del socio que conoce y comprende al compañero con el que comparte empresa»

CUALQUIERA que relea las obras de pensamiento sobre lo español del último siglo y medio tendrá la tentación de aplicar sus tesis a la situación presente. Por ejemplo, dice Julián Marías en *Ser Español* que «el pueblo español es poco utilitario», que antepone su pasión y sus humores a su conveniencia. Eso sí —sigue—, el español es uno de los hombres más fácilmente dispuestos a jugarse la vida, pero «tiene cierta pereza para jugarse algo menos que la vida»; por ello, en España no es frecuente el *valor civil*, cotidiano, lento, tenaz, mientras que es notorio el valor agresivo, bélico, violento, instantáneo. Insiste: «El español está dispuesto a jugarse la vida de una vez, pero no a plazos, es decir, porciones de ella: un puesto, una ventaja, la comodidad, la buena prensa, alguna seguridad, algún privilegio». Y —añade— no se queda en las distancias medias —las de la cooperación y la actividad social— como los países desarrollados, sino que se proyecta a distancias extremas: *para esta misma tarde o para toda la vida*.

Dice Menéndez Pidal en *Los españoles en la Historia* que se da en el español, junto a una cierta sobriedad, un cierto desinterés en el orden económico, pues no antepone el cálculo de pérdidas y ganancias a consideraciones de otro orden: el descuido del trabajo productivo, el contentarse con los primeros resultados, que satisfacen las necesidades más apremiantes, la imprevisión del mañana...; Menéndez Pidal pone en conexión este desinterés con otra dimensión del carácter español: el sosiego, en su doble aspecto de la serenidad de acción, la mesura elegante, y también de la apatía y la inacción, la ausencia de resortes. Pero es verdad que ese sosiego trae consigo la extraña capacidad del español para la *vita mínima*: cuando las circunstancias se vuelven tan adversas que apenas se puede hacer nada, el español sigue viviendo con cierta dignidad.

Pues bien, se dirá, está claro, nuestra situación actual se veía venir, qué razón tenían los pensadores de finales del siglo XIX y principios del XX que con motivo del desastre del 98 e incluso antes decían que «España es una nación absurda y metafísicamente imposible, y el absurdo es su nervio y principal sostén» (Ganivet) y proclamaron la necesidad de una regeneración. Recordemos el «España sin pulso» de Francisco Silvela, el turbador interrogante



JAVIER MUÑOZ

de Ortega «Dios mío, qué es España» y tantos otros lamentos que desembocaron en el *feroz análisis de todo* practicado por Unamuno y Azorín partiendo de las caracterizaciones de los castellanos del Siglo de Oro hechas por los estudiosos alemanes y franceses del siglo XIX: tipos codiciosos, indolentes, capaces de un heroísmo vago, hidalgos crueles...

Sin embargo, creo que se acerca más a la realidad el análisis de un historiador actual como Juan Pablo Fusi que, sobre la base de un riguroso análisis historiográfico, demuestra en *La evolución de la identidad nacional* que en realidad los ensayos aquellos de pensadores no eran Historia, aunque fueran metáforas convincentes y probablemente más eficaces que las interpretaciones rigurosas; y que la pretendida *anormalidad de España*, de la que hablaba Ortega, no es tal. Es más, no existe una *naturaleza* de las naciones, pues lo que las naciones tienen es Historia, y la identidad de las naciones es cambiante y evolutiva. Y Fusi demuestra este aserto aplicando los datos históricos a los pretendidos caracteres nacionales de varios países europeos. De hecho, de los estudios más recientes se desprende que la identidad nacional se relaciona más con los aspectos geográficos, los lentos

cambios demográficos y sociales, la continuidad de una comunidad política y social, la lengua y literatura y los sistemas legales y administrativos. Y, por supuesto, Fusi no es el único: otros, como García de Cortázar en *Los mitos de la Historia de España* o Julio Caro Baroja, en *El mito del carácter nacional*, mantienen ideas similares. Y no cabe duda de que la creación de una clase media y la transmutación de los valores tradicionales han hecho que esta sea una sociedad muy distinta de aquella.

Por ello creo que, aunque pueda resultar un perverso placer de la autoflagelación, no hay que caer en ella, pues a nada conduce; pero tampoco hay que desfallecer en el análisis realista de la situación y en particular de las imperfecciones del sistema y exigir su mejora. Es decir, se precisa ese *valor civil*, cotidiano, lento, tenaz que sí creo podemos llegar a tener. No hay que arremeter contra todo: hay que tener la perseverancia y la inteligencia necesarias para cambiar lo que hay que cambiar (y hacerlo a fondo y sin miramientos) y mantener lo que hay que mantener. Y, particularmente, hemos de ser capaces de modificar nuestras instituciones (y nuestras costumbres), que esas sí que definen la identidad nacional e influyen en el éxito o fracaso de las naciones, como hoy Acemoglu y Robinson destacan en *Why Nations fail?*

Sin duda, la solución de nuestras actuales dificultades, como a principios del siglo XX, estará en Europa, pues España es una variable de ésta. Pero, siendo eso verdad, también creo que Europa debe mantener con nosotros no la actitud del acreedor ejecutante que solo quiere cobrar su dinero, sino la del socio que conoce y comprende al compañero con el que comparte empresa. Quiero decir que sería bueno que la señora Merkel no haga cierto el tópico contrario, aplicado a la mentalidad centroeuropea y reflejado en el weberiano *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*: su tendencia a la obtención del máximo de riqueza, porque el ascetismo protestante considera el enriquecimiento como señal de predestinación divina. Para ella, termino como empecé, con una cita de Julián Marías, que ilustra estas ideas: «La vitalidad de España se revela a cualquiera que... ponga la mano sobre su corazón... El crédito no es solo cosa de economía; a los países hay que concederles también el crédito histórico. Si se acierta, puede resultar una maravillosa inversión, como solo suelen serlo las inversiones desinteresadas; si se yerra, lo que se pierde es más que dinero: posibilidades históricas».

IGNACIO GOMÁ LANZÓN
NOTARIO